

# HISTORIAS DE TAMMERLANE de Federico Tarántola

presenta...

## SURREALISMO EN UNA TARDE DE BOMBARDEO

Despertó por la tarde debido al extraño sonido proveniente de la calle, el sonido de explosiones, estallidos incoherentes.

Enseguida se miró las manos, como buscándose, como tratando de encontrarse consigo mismo. Y en ella los surcos, las líneas, el pasado, el presente, el futuro al que estaba destinado.

Miró a un lado. Por un instante tuvo la sensación que un montón de personas lo estén observando, contemplando.

Nadie.

La pesadez era increíble. Tan increíble que no era creíble. Nunca se había sentido así, de esa forma, tan atontado.

Parecía ser que por más que lo intentaba, la misma suerte se había convertido en maldita, y lo había despertado violentamente, aquella tarde, en la agonía de saber que todo estaba perdido, incluso el alma.

Se puso de pie, caminó unos pasos y llegó hasta la ventana. A través de ella, el sol pegaba en las calles del condenado Tammerlane, un Pueblo perdido en la nada, con sus personas, su locura, sus patologías, y las ruedas del destino que deparan el amor, la muerte y los deseos (generalmente inconseguibles).

La noche anterior, había estado bebiendo mucho alcohol, en un lugar oscuro, donde las puertas se habían trabado, donde su amigo más fiel era un perro en dos patas que recitaba poemas de mentiras.

- No creo en todas las estupideces que decís. – le había dicho el muchacho, a minutos de perder la poca alma que le quedaba, horas antes de despertarse en la tarde de bombardeo.

- Por qué? – le preguntó el perro, brillando por los ojos un rojo apasionado, tras auto convencerse que sus poemas hablaban de lo real que era el amor. – Por qué no creés en la magia?

- La magia no existe. Es pura mierda para mantenernos vivos, consumiendo. La magia no es más que un garabato en cientos de hojas que forman bibliotecas llenas de estupideces. No existe el destino, no existe el amor. Ella se fue y tengo derecho a creer que es así.

- Vos mismo lo dijiste. "A creer". – replicó el can, y bebió un sorbo de hueso molido mezclado en alcohol. – Pero esa creencia te convierte en necio. Y necios, porque no le encontrás el revés de la trama.

Se apoyó en el marco de la ventana de su casa, y vomitó al suelo. Afuera, las bombas continuaban estallando.

Y el olor fue imposible, inconcebible, increíble.

Se agachó a revolver con la mano los líquidos que su garganta habían manado, y entre ellos halló un excremento, un excremento que hacía tiempo había tragado, una noche de angustia y duda, porque otra cosa no le había quedado.

Como era de saberse, y como siempre lo hacía, se preguntó qué sabor tendría su propia mierda, qué sabor tendría sus desechos, qué sabor tendría aquel desastre que llevaba dentro, y extendió su mano.

Contuvo la pastosa porción de su alma, miró a su lado y las luces se apagaron, para dejar un resplandor proveniente de la nada que lo iluminara desnudo, en cucullas.

Respiró profundamente. Debía hacerlo. Debía tragarse su propia porquería por el resto de su vida.

Y tal como un niño, una vez más se sacó la duda, abrió la boca y comió.

Ella, el amor de su vida (o lo que fuere) estaba demasiado lejos para recomendarle que no lo haga. Es más, quizás por ese hábito, o el hábito violento de los bombardeos de siempre, fue que la chica de ojos felinos se perdió en las manos de otras huellas.

- No importa. – se dijo, digiriendo. – De todas formas el destino maldito está, y en las huellas de quien me la robara o en las manos de quien yo se la dejara, estaba escrito que mi mujer sería para él.

Cuando se puso de pie, estaba dentro del oscuro lugar de la noche anterior, con la gente gris y silenciosa, vagando de un lado a otro, con sus combustibles que los ganaban en energías para caminar derecho a la muerte.

Y bebió un gran sorbo y quemó mil neuronas.

Le sonrió.

- Así que estás sola? – le preguntó a la joven obesa, transpirada, olorosa, demacrada.

En su desgracia, en su pobre ego, creía que era conveniente buscar a la persona más destrozada de la noche, como para no sentirse solo, y para terminar sabiendo que al final de cuentas, aún se podía valer de alguna vagina.

Al rato, cuando la besó, descubrió cuán salados estaban los labios y los finos bigotes de aquella chica, que de golpe y en paralelo se vio llena de esperanzas.

- Soy un hijo de puta... - se dijo, mirándose los labios al espejo, en la tarde del bombardeo.

Los tenía resecos, colorados, cuarteados, muertos.

- Mis labios... mis labios... mis hermosos labios... - se lamentó.

La sal de la chica salada lo había convertido en un monstruo. Tiempo antes, sus labios habían sido los más bellos de todo Tammerlane, y solamente eran para la chica de los ojos felinos, la mujer de su vida.

Caminó a un lado de la habitación, se apoyó en la pared, y desde su posición vio un caballo dormitar arriba de un piano que nunca había existido.

Últimamente, las cosas estaban perdiendo su coherencia, y ya todo era posible dentro de su universo personal. Y a las visiones, se sumaban más visiones, y más, y cada vez más bombas en aquella tarde de bombardeo.

Cuando se detuvo a descansar, una gran noche se proyectó en la pared, en donde se vio abrazado entre amigos, en un extraño rodaje de alguna extraña película. Y en esa película, y en su propia vida, el muchacho se transformaba en fantasma, en un ser oscuro que todo lo devoraba.

Y cuando los devoró, patinó al pisar el sudor del piso, en la tarde de bombardeo.

- No te amo. Era mentira. – dijo a la chica salada, mientras ella giraba y girada en odio, dolor y muerte, salpicando más y más de sus saladas aguas a todos los rincones del oscuro lugar, donde en cada rincón, su amigo perro atendía el parto de su novia humana.

Cuando la inundación llegó hasta el techo, se valió de un destapador de botellas para poder escapar del ahogo, y fue con ese mismo destapador, que salió a la calle a seguir destapando botellas, para seguir lamentándose por su desgracia, por sus culpas, por sus arrepentimientos tardíos.

- No está. No está. Se fue. La perdí. Lo tengo que aceptar.

Y por más que se lo repitiera una y mil veces, nada lo hacía entrar en conciencia que ya todo se había acabado.

Quizás estaba mal seguir esperando alguien mejor, alguien parecida. Quizás estuvo mal en adorar a la chica mermelada, la famosa chica del afiche. Nada la reemplazaría. Quizás la verdad se hallaba en descubrir que ella no era para él, ni él para ella, y el destino (a veces) sabio es.

Pero como siempre, el dolor. El dolor que no cura todo el aprendizaje de Tammerlane, sino que lo hace la esperanza.

Y la esperanza en tiempos de malditos bombardeos, tiende a esconderse.

Se asomó nuevamente por la ventana, en la tarde del bombardeo, y allá, a unos metros, el pobre vecino adolescente crecía enamorado de su auto. Es más, para ese mismo instante, le estaba haciendo el amor por el caño de escape, y a la vista de todo el barrio.

- Por lo menos tiene a quien amar, y el auto nunca va a reprocharle nada. Tan sólo le va a pedir agua, aceite, nafta... y... y... - y comenzó a ahogarse. Finalmente vomitó.

Y esta vez actuó más rápido: se agachó, tomó la mierda y se la comió al instante, sin dudarle, sin pensarlo. Parte de la costumbre.

- Hay un lugar, allá lejos, bien lejos de Tammerlane... - le había contado una vez su abuelo, un viejo loco, un explorador de leyendas que nadie creía. - ... un lugar al que la gente llama Hollywood. Y en ese lugar, todo es posible. Nadie muere, todos viven, todos tienen a su amor, todos tienen un final feliz, y todos usan las mejores ropas.

El que fuera un joven bombardeado, también fue un niño atento, el cual prestaba completa atención a la repetida historia.

- Y cómo es que la gente camina sobre nombres?

- Porque allá todos son importantes! Nadie es mejor que nadie! Sus nombres están escritos en las baldosas de las veredas, dentro de doradas estrellas, las cuales los delatan como eternos.

- Abuelo: quiero ir a Hollywood, ser feliz y nunca morir.

Y el abuelo, que llevaba a su nieto en su regazo, se detuvo, lo miró por un instante, y luego se explicó con la mejor de las verdades.

- No se puede, querido. No se puede, porque pertenecés a Tammerlane.

Y el niño creció con ello.

Y el niño creció y se hizo joven, un joven atrapado en su propio cerebro, en las celdas hechas de venas, de neuronas, de aquella maldita crema que formaba el maldito cerebro de su habitación con ventana a la calle, a la tarde del bombardeo.

Estaba cansado.

Y lo supo.

Supo que sería su última tarde allí dentro, en penumbras, entre el frío, el calor, la soledad.

Se arrebató en su celda, cerebro.

- Que difícil es la vida! – y realmente lo era, porque en aprender residía la complejidad, y en el valor de cada anécdota estaba el dolor de cada una de sus moralejas.

Suspiró profundamente.

Suspiró tan profundamente que su tórax se hundió, y sus costillas se rompieron en cientos de pedazos.

Con la fuerza que tomó, salió a la calle.

Ya no le importaba para nada el bombardeo.

Nada de nada.

Y cuando salió se ahogó en agua salada, en tragos, en el pasado. Tiró un manotazo e intentó alcanzar a Hollywood, pero no estaba listo para tan largo trecho hasta un lugar tan mágico, con la misma magia que se jactaba diciendo que no existía.

Y si bien pudo haberlo logrado, una bomba, una de aquellas gigantescas bombas con el rostro de su chica de ojos felinos, el único amor de su vida, lo impactó de lleno, entró como misil por su boca, viajó por sus tripas y lo mató a plena luz del día.

Horas después, los vecinos lo encontraron muerto en su cama, despertando una tarde más, de bombardeo, mirándose las manos.

Cuando miró a un lado, ellos habían desaparecido.

NO FIN